

MERITOCRACIA: Y EN LA UNIVERSIDAD, ¿QUÉ?

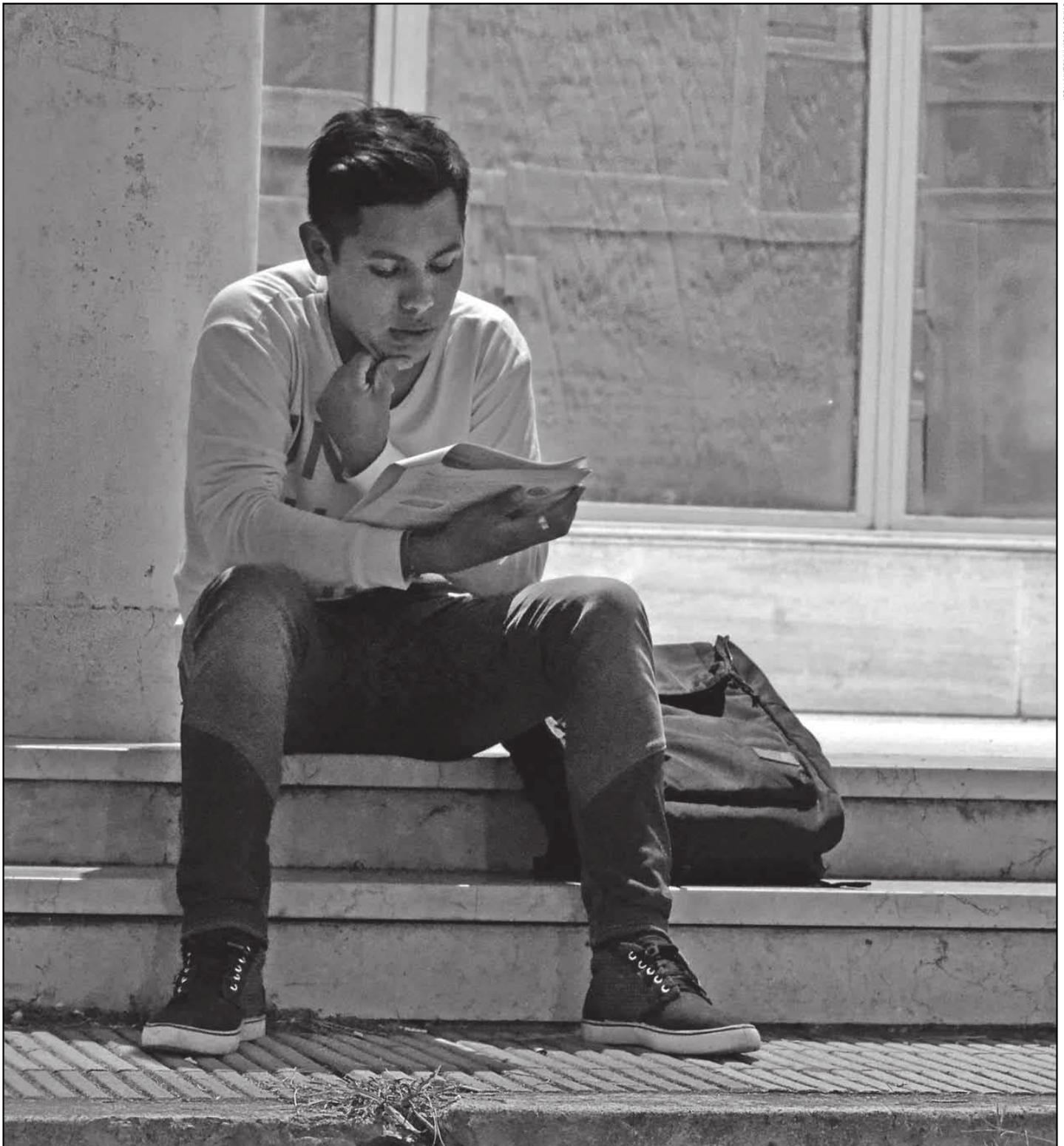
**LETICIA RÍOS Y
NATALIA PELUSO**

UNIVERSIDAD NACIONAL DE GENERAL SARMIENTO

En apenas unos meses estaremos celebrando el primer centenario de la Reforma Universitaria de 1918. Esta gesta juvenil trató, quizás, del segundo gran hecho americano luego de las revoluciones independentistas. Se inició en la ciudad de Córdoba de la mano de un grupo de estudiantes que denunciaba el carácter anacrónico, oscurantista y clerical de la institución universitaria. Paralelamente, se procuraba sentar las bases para una nueva universidad: más democrática, más participativa y más comprometida con las demandas del pueblo. No obstante, la reforma también fue una gesta liberal que sentó las bases para el establecimiento de un sistema de distribución de bienes materiales y simbólicos a partir del “mérito” de los individuos.

Cien años después, la universidad parece haberse convertido en la mayor constructora de meritócratas de nuestro país: ordenes de mérito, medallas al esfuerzo, becas, adscripciones y ayudantías, concursos, incentivos, etcétera. En cualquier pasillo de cualquiera de nuestras universidades podemos ver profesores que teorizan sobre las contras de la meritocracia mientras puntúan más alto por un posdoctorado que un doctorado o evalúan referatos para publicaciones internacionales que jamás nadie lee.

¿Se puede salir de esta lógica que ha permeado las subjetividades de varias generaciones y que aparece hoy de la mano del discurso gubernamental? ¿Qué puede aportar la universidad a la construcción de modelos pedagógicos alternativos?



¿LA VUELTA AL DISCURSO MERITOCRÁTICO?

El triunfo de Mauricio Macri en las elecciones presidenciales de 2015 parece haber despertado una serie de discursos latentes en nuestra sociedad, que tienen un fuerte impacto en el campo de la educación, pero, por sobre todas las cosas, de la pedagogía como constructora, productora y reproductora de subjetividades. Decimos latente porque entendemos que esta articulación no es una novedad, sino una forma habitual de concebir la práctica educativa que, a pesar de haber sido desplazada de la escena principal por el discurso gubernamental hasta 2015, siguió operando en las instituciones educativas y en las concepciones de educadorxs de todos los niveles. La meritocracia como modelo pedagógico nos permea a todxs incluso en las prácticas cotidianas porque articula sentidos que tienen larga tradición en Argentina: el progreso, el ascenso social, la cultura del trabajo.

Las concepciones educativas hegemónicas que han acompañado el desarrollo histórico de los sistemas educativos en nuestro país han estado fuertemente asociadas a la idea de “progreso y civilización”. Sin embargo, podemos encontrar matices entre concepciones que hacen hincapié en el “bien común” y otras que refuerzan el éxito y el fracaso individual.

Mariano Moreno decía en *La Gaceta* que “Si los pueblos no se ilustran, si no se vulgarizan sus derechos, si cada hombre no conoce lo que vale, lo que puede y lo que debe, nuevas ilusiones sucederán a las antiguas y después de vacilar algún tiempo entre mil incertidumbres, será tal vez nuestra suerte mudar de tiranos sin destruir la tiranía”. Esta frase da cuenta de que la Revolución de Mayo sostendría una mirada emancipadora de la educación como cuestión de la sociedad toda, a pesar de su impronta ilustrada. El mismo registro discursivo podemos encontrar en Manuel Belgrano: “...esos miserables ranchos donde se ven multitud de criaturas, que llegan a la edad de la pubertad, sin haberse ejercitado en otra cosa que la ociosidad, deben ser atendidos hasta el último punto. Uno de los principales medios que se deben adoptar a este fin son las escuelas gratuitas, a donde puedan los infelices mandar sus hijos, sin tener que pa-

gar cosa alguna por su instrucción; allí se les podrán dictar buenas máximas, e inspirarles amor al trabajo, pues en un pueblo donde reine la ociosidad, decae el comercio y toma su lugar la miseria”. Belgrano adjudica a la educación y a la escuela la tarea de fomentar la producción en un país que apenas está naciendo.

“La cultura del trabajo” se convertirá en *leitmotiv* de los debates educativos de los siglos XIX, XX y XXI, bien para remarcar el rol del Estado en la generación de trabajo o para explicar las crecientes tasas de desempleo. Para Sarmiento, la educación será la única forma de borrar los vestigios de la vida holgazana del campo, una vez desaparecidos los ineducables:

“

LA UNIVERSIDAD PARECE
HABERSE CONVERTIDO EN
LA MAYOR CONSTRUCTORA
DE MERITÓCRATAS DE
NUESTRO PAÍS: ORDENES
DE MÉRITO, MEDALLAS
AL ESFUERZO, BECAS,
CONCURSOS, INCENTIVOS.

”

la sombra terrible del Facundo que aún amenaza con arruinarlo todo. Para que la Argentina viera la luz había que construir una idiosincrasia y para eso estaba la instrucción pública “... que tiene por objeto preparar las nuevas generaciones en masa para el uso de la inteligencia individual, por el conocimiento aunque rudimental de las ciencias y hechos necesarios para formar la razón, es una institución puramente moderna, nacida de las disensiones del cristianismo y convertida en derecho por el espíritu democrático de la asociación actual... El poder, la riqueza y la fuerza de una nación dependen de la capacidad industrial, moral e intelectual de los individuos que la componen; y la educación pública no debe tener otro fin que el au-

mentar estas fuerzas de producción, de acción y de dirección, aumentando cada vez más el número de individuos que las posean. La dignidad del Estado, la gloria de una nación, no pueden ya cifrarse, pues, sino en la dignidad de condición de sus súbditos; y esta dignidad no puede obtenerse sino elevando el carácter moral, desarrollando la inteligencia y predispóniéndola a la acción ordenada y legítima de todas las facultades del hombre”. La sanción de la Ley 1420 sienta el precedente para los años venideros.

M'hijo el doctor (la obra del uruguayo Florencio Sánchez que en 1903 representó la contraposición entre las tradiciones de un padre de campo y su hijo) aparece en Argentina como la frase de cabecera de una generación que vio plasmadas sus expectativas de ascenso social a través de la educación. El gobierno de Hipólito Yrigoyen dio marco a diversas posiciones respecto de la educación y la expansión del sistema en un país donde los sectores medios, que no eran homogéneos (había sectores inmigrantes, otros más cercanos a la oligarquía terrateniente, comerciantes, etcétera), comenzaron a darle un lugar importante a las aspiraciones educativas que les permitirían inserciones de tipo económico-social. La creciente discusión sobre la escuela media y su vinculación con el trabajo y el acceso a empleos estatales asignaron a la educación grandes anhelos. La Reforma Universitaria podría enmarcarse en este clima de época.

La llegada de Perón al gobierno en 1946 impactó fuertemente en el sistema educativo: la masificación del acceso de los sectores populares a la escuela, la creación de la escuela técnica, la Universidad Obrera y la ley de gratuidad universitaria –sancionada en 1949– construyeron el sueño de los trabajadores. “Mi hijo el doctor” pasó a ser un derecho del pueblo en el marco de un modelo económico y social que pretendía la inclusión de las mayorías. El trabajo, gran organizador social, articulaba entre la creciente escolarización y una inserción en el mundo del trabajo que era acompañado de otros derechos como la vivienda y la salud. El discurso peronista vuelve a hacer eje en la cultura del trabajo y en el ascenso social, siempre bajo políticas de Estado que piensan la sociedad en su conjunto. Entrevistado en el año 1973, Perón da cuenta de los cambios impulsados en la escuela y dice,

por ejemplo, que “normalmente en nuestra época había cuatro millones de población estudiantil, de esos solo trescientos mil hacían estudios secundarios, de manera que había un descarte de tres millones setecientos mil muchachos. De esos trescientos mil iban a la universidad no más de cien mil. Aquí otro descarte, ¿qué pasa con los que no tenían medios porque la enseñanza era cara? Estos iban a los potreros, la escuela de delincuencia más conocida... la conquista más grande fue que la universidad se llenó de hijos de obreros, porque suprimimos todos los aranceles”. Lo que Perón llama “descarte” es adjudicado al fracaso del sistema escolar y del modelo expulsivo, no a los sujetos. El acceso de los sectores populares transformó para siempre la universidad, aunque como dice Puiggrós, debemos señalar que, con relación a los aspectos académicos, el sistema educativo del período evidencia continuidades con el pasado: el peronismo apuntó a una recuperación de repertorios ya existentes en el imaginario de la sociedad, resignificó su alcance y se convirtió en el defensor de la hegemonía de la educación estatal y gratuita.

El neoliberalismo fracturó las representaciones de la educación como ascenso social. Primero de la mano de la dictadura cívico militar entre 1976 y 1983, cuando las universidades fueron intervenidas, cerradas, sus docentes y estudiantes perseguidos, exiliados y desaparecidos. La reapertura de las universidades de la mano de la democracia tuvo un hito en 1985 con la creación del C.B.C. en la Universidad de Buenos Aires, que extendió un año más la duración de todas las carreras con un ciclo básico común que poco tiene que ver con las carreras elegidas. Luego, el menemismo instaló el discurso del éxito y el fracaso individual en todos los órdenes de la vida. La escuela y la universidad no fueron la excepción. La cultura del “Just do it” interpeló a toda una generación para la que no había salida de la crisis. Si para la juventud las representaciones del futuro organizan el presente, la década del 90 y la crisis del 2001 desarticulaban la idea de la cultura del trabajo y del ascenso social como política de Estado. La educación se convirtió en un paracaídas que no garantizaba nada, pero hacía más lenta la caída, el único camino era creer en la salida individual, en hacer

el máximo esfuerzo para terminar, con suerte, como un ingeniero taxista. La acumulación de conocimientos, habilidades, actitudes y valores demandados y valorizados por el mercado era, para el economista Theodore Schultz, la clave para salir de la pobreza. Así, en un mundo en el que solo hay lugar para los más competentes, cada individuo debe negociar individualmente y adecuarse con flexibilidad a lo que el mercado necesita.

El kirchnerismo marcó otro rumbo. De la mano de políticas públicas activas, creación de escuelas y universidades, y la sanción de una gran cantidad de leyes hizo que la educación volviera al centro de la escena. El discurso gu-

“

**EL PERONISMO RECUPERÓ
REPERTORIOS EXISTENTES
EN EL IMAGINARIO SOCIAL,
RESIGNIFICÓ SU ALCANCE
Y SE CONVIRTIÓ EN EL
DEFENSOR DE LA HEGEMONÍA
DE LA EDUCACIÓN ESTATAL Y
GRATUITA.**

”

bernamental se organizó en torno al rol principal del Estado como garante del derecho a la educación, haciendo un fuerte eje en la inclusión. Con motivo de la entrega de títulos secundarios del Plan FinEs, decía Cristina Kirchner: “El de hoy es un día hermoso, porque muchos argentinos y argentinas cumplieron su sueño, van a tener capacidades nuevas y hemos logrado lo que siempre ha sido objetivo de nuestro gobierno: darle a todos igualdad de oportunidades para que puedan elegir. En la vida siempre hay que elegir, y nosotros elegimos al pueblo, a la educación, a la ciencia, a los trabajadores, a los docentes, a los científicos, a los estudiantes, a todos aquellos que quieran venir a este bendito país, que hemos construido entre todos los

argentinos.” En otra oportunidad, en el barrio San Carlos, en Moreno, en ocasión de la visita a una escuela y firma de un convenio para asfaltar calles, afirmaba: “Yo sé que todos no somos iguales, pero quiero que todos tengan la oportunidad de estudiar, crear, tener salud y vivienda. Cuando seamos una sociedad más justa, estoy segura de que vamos a vivir en una sociedad mucho más segura”. El paradigma de la igualdad de oportunidades atravesó el discurso gubernamental vinculado a una clara vocación de saldar las desigualdades materiales. Sin embargo, la idea recurrente de “primera generación de estudiantes universitarios” hizo lo propio en el campo universitario soslayando prácticas meritocráticas en todo el sistema educativo: si estamos en igualdad de oportunidades de aquí en más la carrera es la misma.

El triunfo de Macri es la meritocracia como política de Estado. Las concepciones de este grupo de empresarios volcados a “la cosa pública” apareció bien representada a comienzos de 2016 con una publicidad de Chevrolet llamada “Meritócratas”, que puso otra vez en discusión un modelo social que se jacta de premiar el esfuerzo y reconocer el talento. En esa publicidad pueden verse jóvenes profesionales, de clase media alta, porteños, que condensan los significados vinculados al éxito del sistema capitalista: individualismo, moda, sushi, oficinas en Puerto Madero, viajes. Abre el spot la frase: “Imaginate vivir en una meritocracia, un mundo donde cada persona tiene lo que se merece” y luego “el meritócrata sabe que pertenece a una minoría que no para de avanzar”. Vivir bien es asociado al consumo de bienes materiales, en este caso, autos.

Para la misma época, María Eugenia Vidal decía, en relación con las calificaciones de la escuela primaria, que “la meritocracia es un valor que debe ser aprendido” y el presidente Mauricio Macri refuerza, cada vez que tiene oportunidad, que la pobreza es un estado de transición del que cualquier pobre puede salir: “No estamos acá para lograr la supervivencia de aquellos que están en la pobreza: estamos acá para liberarlos, para darles las herramientas para que ellos puedan crecer. Porque no son pobres, están pobres y nosotros tenemos que darles las herramientas para que ellos, con su propio trabajo y esfuerzo, puedan salir adelante”.

La cantidad de discursos que asocian la pobreza con la falta de esfuerzo y el éxito con el talento son inagotables en estos dos años de gobierno de Cambiemos. Incluso su ministro de Educación, y ahora diputado nacional, Esteban Bullrich ha dicho en varias oportunidades que no es política de Estado generar empleo, sino que cada uno debe *tener su propio emprendimiento*, como fabricar cerveza.

La Alianza Cambiemos fue capaz de articular un discurso pedagógico que condensa sentires históricos respecto de la educación y de las expectativas de los sujetos. Por supuesto, en línea ideológica con la tradición más conservadora liberal, la novedad tiene que ver con el refuerzo de la salida individual y la competencia como algo “saludable” para la sociedad. La idea del bien común desaparece porque los derechos vuelven a asociarse a los individuos y no a la comunidad, y el derecho a la Educación aparece nuevamente asociado al ejercicio de libertades individuales. La universidad es objeto de la pulseada. Ya habría dicho Bullrich que “el ingreso irrestricto a la universidad es demagógico”, reforzando las ideas de muchísimos funcionarios de las universidades que incluso presentaron amparos en la justicia para evitar que el ingreso irrestricto y la imposibilidad de cobrar aranceles sucediera en sus aulas.

DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE MERITOCRACIA

Si nos guiamos por la definición que aportan diferentes diccionarios, el concepto de mérito se corresponde con toda acción esforzada o carente de esfuerzo que combinada, o no, con ciertos “talentos” o habilidades innatas convierte a una persona en digna de un premio o, por el contrario, de un castigo. Se trata de aquello que justifica un reconocimiento, sea en dinero, status o privilegios, o que explica un fracaso, y que siempre, siempre, se centra en el individuo y sus elecciones.

El mérito como legítimo distribuidor de los bienes materiales y simbólicos no es la excepción a la regla sino más bien la regla en sí misma en un mundo aceptadamente meritocrático. Se trata del gran diferenciador social de la modernidad, momento en el que florece la noción de individuo y los hombres se reconocen



UNA/J. FOTO ANA CLARA TOSSI

políticamente iguales. Pasadas las selectividades apoyadas en el abolengo y la religión, los hombres y mujeres, que nunca quisieron ser iguales, orquestaron un nuevo artificio que legitimase y garantizase la nueva desigualdad.

El mérito cristaliza en un sistema: la meritocracia, que no es más ni menos que el conjunto de reglas y fundamentos “filosóficos” en que se sustenta. El concepto de meritocracia comienza a utilizarse recién en 1958 luego

de que el escritor y político laborista Michael Young la acuñara en su libro *The rise of the meritocracy, 1870-2033: An essay on education and equality*. Aunque Young hizo un esfuerzo denodado en su obra por exponer el carácter negativo de la meritocracia, décadas más tarde las corrientes de pensamiento neoliberal se apropiaron de la palabra y la resignificaron con un sentido positivo y una recomendación de puesta en práctica. De esta manera,

se hizo hegemónico un sentido por el que se la entendió como piedra angular de toda sociedad que se preciara de democrática en la medida en que representaba la forma más eficaz y justa de distribución de los bienes en un sentido amplio y dejaba atrás formas de reparto propias de siglos pasados basadas en títulos de nobleza, herencia o religión. Lejos estamos de considerar como legítimas formas de distribución más bien medievales, tan lejos como de caer en la trampa de creer que la meritocracia es el sistema más justo y eficaz que pudo darse la modernidad.

Volviendo a las primeras definiciones, decíamos que el mérito es significado en nuestro día a día como la combinación entre esfuerzo y capacidades innatas; y el éxito es ni más ni menos que el premio a la acción meritoria de los sujetos. No diremos que esta afirmación, nodal en este discurso, es falaz por lo que expresa sino más bien diremos que es falaz por lo oculta. ¿Y esto que significa? significa que a lo que ya expresamos sobre lo que es el mérito, debemos adicionar la idea de que es un invisibilizador de las formas de desigualdad moderna (económicas, culturales, etcétera) a la vez que se apoya en un principio de igualdad de oportunidades entre los sujetos. Podría funcionar en otras regiones, pero nadie diría que Latinoamérica es, por tomar un ejemplo, igualitaria en la línea de partida. Basta echar una mirada a los indicadores de distribución de la riqueza, de acceso a bienes culturales, educativos y de salud producidos por organismos nacionales e internacionales como para comprobarlo. Entonces, no todos partimos de líneas de largadas similares y a diferencia de los defensores del discurso meritocrático, entendemos que es importante señalarlo, más aún cuando existe un peligro latente de que al aplicar la denominada igualdad de oportunidades sin el justo tratamiento a las desigualdades de origen, la brecha entre los sujetos se acreciente. Por supuesto que no estamos en contra de la igualdad de oportunidades: visto está que es necesaria para generar sistemas de distribución de bienes materiales y simbólicos más justos. Pero queremos llamar la atención sobre que este mecanismo *per se* no garantiza tales resultados e incluso en el marco de la meritocracia puede generar el efecto contrario.

La lógica del mérito implica un andar solitario en los sujetos, que se entiende como “lo mejor que les pudiera pasar” puesto que es la gran oportunidad de liberación de la “presión” del Estado y la comunidad. No habrá un Estado ni una comunidad estorbándonos, nos dirán los meritócratas. Contrariamente a estas afirmaciones, la ausencia o retirada del Estado de la vida de los sujetos significa la no planificación de políticas públicas y la no sanción de normas que tiendan a transferir y redistribuir hacia los menos aventajados; y la falta de lazos comunitarios implica la desaparición de formas de trabajo solidario como alternativa a la competencia. Entonces, para este esquema merito-

“

LOS DERECHOS VUELVEN
A ASOCIARSE A LOS
INDIVIDUOS Y NO A LA
COMUNIDAD, Y EL DERECHO
A LA EDUCACIÓN APARECE
NUEVAMENTE ASOCIADO AL
EJERCICIO DE LIBERTADES
INDIVIDUALES.

”

crático –esfuerzo más talento– los sujetos que nacen desiguales, además están solos y deben competir por los bienes materiales y simbólicos que, en el mundo actual, dicho sea de paso, escasean. La resolución de la competencia es bastante predecible, se apropiarán de lo “mejor” y en mayor cantidad quienes estuvieron en mejores condiciones para competir desde un principio: los más aptos en términos darwinianos. ¿Qué sucede con quienes quedaron rezagados? Legitimarán al sistema al considerarlo como justo y se culparán a sí mismos por los resultados obtenidos.

Finalmente, es interesante ver cómo en el discurso del mérito se establece lo que es “valioso” para la sociedad moderna y por lo tanto

merece ser conseguido por los sujetos, es decir, marca a las claras cuáles son las zanahorias por la que hay que correr. Las recompensas serán en dinero, status o privilegios y siempre serán “logros” individuales que impliquen dejar a otros detrás.

MERITOCRACIA EN LA UNIVERSIDAD

Eduardo Rinesi, en su libro *Filosofía (y) política en la Universidad*, decía en 2015 que las formas en que “el espíritu de lo que por comodidad solemos llamar los noventa se encarnó en nosotros, se internó en nuestros modos de experimentar y de pensar nuestra condición y nuestra actividad universitaria y preside hasta hoy en nuestras representaciones sobre lo que hacemos o sobre lo que debemos hacer en nuestras universidades”. Durante el menemismo y los tiempos de la sanción de la Ley de Educación Superior que mantenemos vigente hasta hoy, los sistemas se reorganizaron reforzando la autonomización y jerarquización de la investigación por sobre la docencia con el famoso Programa Nacional de Incentivos a docentes-investigadores que tuvo, entre otros efectos, “el desarrollo de una apariencia de investigación de bajo impacto real, el estímulo a la competencia y la rivalidad entre colegas y la burocratización de la actividad investigativa”. El mercado de los posgrados abrió una nueva forma de puja por las titulaciones.

El neoliberalismo impactó fuertemente en el quehacer universitario y sus lógicas meritocráticas impregnaron a docentes y estudiantes. Los organismos que otorgan becas por ejemplo, como CONICET, la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, los ministerios y las propias universidades establecieron sistemas meritocráticos basados en los mismos parámetros que pretendemos desterrar. La llegada de Cambiemos encontró en el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva una política hecha a su medida y coronó a Lino Barañao como el encargado de impulsar el proceso de creciente meritocratización en la investigación.

En el caso de lxs estudiantes, muchas veces el propio ingreso es la principal herramienta para la supervivencia del más apto. Sea por la existencia de cursos de ingreso que no contem-

plan las diferentes trayectorias educativas de los estudiantes en el nivel medio o sea por los debates que comienzan a encenderse acerca de la necesidad de establecer cupos de ingreso para determinadas carreras “superpobladas” (entendiéndose como superpobladas aquellas carreras que tienen más “oferta” de estudiantes que los que el mercado laboral “demanda”) tal cual la propuesta del gobierno de Cambiemos y allegados. En el primero de los casos la meritocracia opera de forma más solapada en la medida en que hay un ingreso que en principio es irrestricto y las oportunidades que se ofrecen desde la universidad para que todos ingresen aparentan ser iguales. En el segundo de los casos, el ingreso no está asegurado y “hay que ganarse el lugar”. Más allá de estas diferencias, los dos casos comparten un mismo criterio de adjudicación de culpas y responsabilidades: lxs estudiantes. Aunque el curso de ingreso no haya tomado en consideración su formación previa y la escuela secundaria no los haya formado correctamente. Aunque una buena parte de lxs estudiantes hagan malabares entre comer y comprar fotocopias o sacrifiquen una parte de las horas de sueño para estudiar luego de extensas jornadas laborales, hay sectores que entienden que son responsables de “sus fracasos”, y a eso lo llamaremos meritocracia.

No queremos decir que todas las universidades se desentiendan frente a esta situación. De hecho, hay una enorme cantidad de instituciones de educación superior que vienen llevando adelante desde hace años proyectos de articulación con las escuelas secundarias de sus zonas de influencia en diversas disciplinas para mejorar el pasaje a la universidad. Tampoco queremos decir que las escuelas secundarias de manera deliberada decidan no brindar la formación que lxs estudiantes necesitan. Se trata de una situación muy compleja que involucra a las dos instituciones (universitaria y secundaria) y al Estado y que requiere el compromiso de todos los actores, más en un contexto como el que estamos transitando, en el que la baja de la matrícula es la excusa perfecta para el recorte presupuestario y la autoculpabilización es un elemento fundamental para correr al Estado y sus instituciones de toda discusión.

También las becas y los programas orientados a estudiantes universitarios que provienen

de Nación tienden hoy en día a adoptar criterios de adjudicación y renovación propios de la lógica meritocrática. Aquí el estudiante encuentra su nueva batalla. Ya logró ingresar y ser parte del mundo universitario, ahora debe luchar por conseguir los medios materiales para permanecer. El nuevo Progresar, por ejemplo, relanzado por el gobierno de Cambiemos, se llama Becas Progresar y reúne lo que era Progresar con todas las becas que existían en el Ministerio de Educación de la Nación. Lo cierto es que esta nueva beca supone un aumento en las exigencias para su renovación. Cualquiera podría preguntarse si en la Argentina de 2018 han mejorado significativamente los indicadores de ren-

“

**LAS BECAS Y PROGRAMAS
ORIENTADOS A ESTUDIANTES
UNIVERSITARIOS QUE
PROVIENEN DE NACIÓN
TIENDEN A ADOPTAR
CRITERIOS DE ADJUDICACIÓN
Y RENOVACIÓN PROPIOS DE LA
LÓGICA MERITOCRÁTICA.**

”

dimiento educativo en las universidades para que se eleven los requisitos o si el actual gobierno considera que lxs estudiantes no aprueban más materias porque no se esfuerzan lo suficiente y entonces de esta manera se sentirán más incentivados a hacerlo. Nos inclinamos hacia la segunda de las posibilidades.

De acuerdo con los nuevos lineamientos, lxs nuevxs beneficiarixs de las becas deberán aprobar en el año la mitad más una materia para poder pedirla nuevamente. Y quienes obtengan un promedio por encima de ocho recibirán un “premio a la excelencia”. Refuerzo positivo para el perro de Pavlov. El imperio meritocrático se deja ver hoy en su máxima expresión.

¿Y AHORA QUÉ HACEMOS?

La universidad se enfrenta a una nueva batalla histórica, como hace cien años. Los grupos conservadores de hoy no son los de inicios del siglo XIX pero los intereses sobre esta institución milenaria, sus producciones científicas, sus descubrimientos, sus discusiones y su filosofía política siguen vigentes. El contexto latinoamericano no es alentador para el campo nacional y popular, pero la pedagogía puede encontrar allí su misión histórica: construir una alternativa popular que inicie un proceso de interpeleación en el que “el otro” se sienta nombrado. Un recorrido histórico es indispensable porque no hay discursos nuevos de toda novedad, sino que la derecha que gobierna supo hacer mella en sentimientos de progreso y expectativas que laten en nuestro pueblo, por lo menos, desde los tiempos de la revolución independentista.

El auge de estos discursos de corte meritocráticos no es una cuestión exclusiva del sector que detenta el gobierno. Es parte de una subjetividad que permanece en docentxs, estudiantxs, maestrxs, funcionarixs y ciudadanxs de este y del otro lado de la grieta y no podemos explicarlo solo ubicándolo del lado de “las cosas malas de la vida”, sino que es imprescindible una reflexión que venimos esquivando desde hace tiempo: ¿por qué no fuimos capaces de producir nuevos discursos?

La experiencia de una vida en las aulas, la memoria, los sueños de una educación emancipatoria pueden mostrarnos algún camino, sin caer en la trampa de la inmediatez, de la respuesta como propuesta política. Esta crisis de representaciones en todos los órdenes puede ser un momento para pensar –con sentimiento y sin que nos corra la urgencia– cuál es nuestra propuesta, entre todxs los que seguimos creyendo que la educación es el camino de la construcción de sociedades más justas.

¿Cómo se hace para retomar los sentires históricos que tratamos de recorrer en este texto para construir un modelo pedagógico, es decir, de construcción de subjetividad, capaz de interpelearnos a todos y todas? La tarea es inmensa, pero hay mucha memoria y camino recorrido para empezar. Ya decía Simón Rodríguez que “lo que no se hace sentir no se entiende y lo que no se entiende no interesa”.